

LOS ESPACIOS MEDITATIVOS DE BARRAGAN

Eduardo Subirats

Sobre Luis Barragán, a propósito de la exposición celebrada en la Galería del MOPTMA, Madrid, enero de 1995.

La organización estricta de las geometrías, en la arquitectura de Barragán, su enfática pureza, el uso constante de los colores puros, nítidamente subordinados a estas geometrías, incluso la dimensión mística o metafísica, a menudo destacada en sus espacios, puede emparentarse estrechamente con las primeras vanguardias europeas, con el estilo internacional de los años cincuenta, y con los valores metafísicos, a la vez racionalistas y místicos, de la estética del neoplasticismo en particular.

Sin embargo, la relación que los muros y los vanos, los materiales y las texturas, las masas y los espacios vacíos, los interiores y los exteriores, o la sensualidad de las texturas y la pureza de las formas establecen entre sí en las obras de Barragán no es «cartesiana», no es técnica, tampoco es «maquinista», ni siquiera «matemática», en el sentido en que estos valores fueron enarbolados desde los años veinte por Van Doesburg, Oud o Le Corbusier. Tampoco es formalista en un sentido estricto, como tantas veces sucede en la arquitectura moderna y tardo-moderna.

La arquitectura de Barragán está atravesada más bien por una reflexión más profunda sobre las cualidades materiales e inmateriales del espacio arquitectónico, sobre la relación entre el espacio y los elementos de la naturaleza, sobre la construcción de un lugar único, dotado de fuerzas elementales y originarias, definido además bajo un esencialismo enfático de valores absolutos.

Quiero señalar este aspecto profundo, originario, de los espacios de Barragán, y radicalmente diferente del racionalismo cartesiano de los lenguajes internacionales de la arquitectura moderna, por otro camino. La forma, el orden geométrico, las proporciones, los materiales, los colores de las obras de Barragán nos transportan a otra realidad diferente del mundo cotidiano de la ciudad industrial y postindustrial, de los valores funcionales que definen, de su racionalidad maquinista o electrónica, y en sus expresiones más recientes, pero todavía contemporáneas de las últimas obras del arquitecto mexicano, las expresivas formas de la fragmentación espacial y la esquizofrenia espiritual de la edad posmoderna.

117

Esos muros y estos vanos, sus colores y texturas, su ritmo compositivo y su estructura, más bien entablan un diálogo entre la arquitectura y el cielo y la tierra, y la luz y la vegetación. El Jardín *Las arboledas* o la *Casa Gálvez*, de la ciudad de México merecen citarse a este respecto. La arquitectura de Barragán nos invita en cierta manera a una nueva relación de nuestra propia existencia espiritual y corporal con el espacio, la naturaleza, el cosmos. Se trata de una relación renovadora y revitalizadora, radicalmente más profunda que los valores del formalismo abstracto en el que Barragán ha sido encorsetado lingüísticamente hablando.

118 Existe un concepto antiguo para definir esta dimensión profunda del espacio de Barragán. La filosofía de Platón, y la teoría neoplatónica y estoica del espacio definían este carácter profundo como fuerza, como *dynamis*. La física moderna, de Copérnico a Einstein, ha ido desplazando progresivamente de su representación espacial esta dimensión energética o dinámica que la filosofía antigua había relacionado con la creación demiúrgica del cosmos, es decir, la construcción arquitectónica del universo a partir de los elementos primordiales: el agua, el fuego, el aire y la tierra.

Semejante concepción dinámica se oponía a la teoría aristotélica del espacio como *diástasis* o extensión, como límite de los cuerpos, como molde: se oponía al espacio muerto. El dinamismo era, por el contrario, la capacidad del espacio de contener unidos a los elementos primordiales y organizarlos bajo un orden (*sunagei*). De ahí que tampoco se confunda con la representación futurista o suprematista

del dinamismo como reproducción mecánica del movimiento.

Los espacios de Barragán son rigurosamente geométricos. Reúnen una característica racional común a los espacios industriales e internacionales modernos. Poseen asimismo algo de aquella dimensión cristalina que la metafísica expresionista alemana atribuyó a la moderna arquitectura. Hasta cierto punto experimentamos estos espacios barraganianos como vacíos. Este vacío es una cualidad fundamental de la arquitectura moderna desde la Bauhaus hasta los modernos espacios electrónicos. Se identifica con sus valores racionalistas y nihilistas.

Pero son también algo diferente y algo más al mismo tiempo: son los espacios de un lugar individualizado y arraigado profundamente en la memoria y en la naturaleza, son un espacio original e irrepitible. Son *topos* y *khora* al mismo tiempo. La arquitectura de Barragán configura el lugar único e irrepitible en el que los materiales, la luz, la vegetación y nosotros mismos nos confrontamos con la construcción elemental de un espacio abierto, infinito. En estas arquitecturas percibimos sensiblemente cómo el espacio abstracto e infinito se cristaliza en un lugar. Y percibimos al mismo tiempo este lugar individualizado como manifestación de un universo armónico de materiales elementales y formas puras. Es como si Barragán nos quisiera recordar la narración que el *Popol Vuh* hace del instante mismo de la creación del cosmos: «Todo estaba suspenso, todo en calma, en silencio; todo inmóvil, callado y vacía la extensión del cielo...».

Este equilibrio entre la construcción del espacio y los materiales que encierra es lo que le otorga un carácter clásico a esta arquitectura, incluso o precisamente allí donde percibimos el uso de lenguajes y concepciones modernas del espacio. Se trata de un carácter clásico en un sentido riguroso: no como mera definición formalista de un orden, como reiteración de módulos, formas y citas de una norma exterior. Más bien se trata de un equilibrio único, y consistente en su fragilidad, inherente a los elementos que la integran y a su fuerza interior, o sea su *dynamis*. La clasicidad significa equilibrio, un sistema interiormente armónico y sólo por ello duradero, y sólo en la medida en que este orden no se imponga de una manera exterior a los elementos naturales y materiales, y a los lenguajes históricos de la obra artística.

He definido esta armonía como una relación entre los componentes arquitectónicos y el mundo exterior. Hay que decir, más exactamente: un diálogo ideal entre los elementos y la geometría arquitectónica. Estos elementos naturales se despliegan en la arquitectura de Barragán de la manera más limpia y sencilla. Mejor dicho, se expresan de una manera originaria, elemental. Son materiales térreos, texturas naturales, elementos rocosos integrados en el espacio arquitectónico. En otros casos son citas vivientes del mundo vegetal, que irrumpen en los interiores, cierran los límites exteriores, y exaltan con sus formas barrocas y sensuales la nitidez ascética de los espacios puros.

Un diálogo entre el espacio y los elementos: la luz, la tierra, el agua, el aire. El agua está per-

fectamente integrada en las masas arquitectónicas, fluyendo de ellas y hacia ellas, confundándose con la construcción espacial como un elemento más en su concierto tectónico y táctil, y sonoro y cromático. En los jardines de Barragán la claridad geométrica sirve al mismo tiempo a la celebración de rocosas masas volcánicas, como si se tratase de un rito sagrado. El cielo rompe con su infinita melodía azul el silencio de los espacios geométricos y vacíos, de colores ocre, blancos o violáceos. En fin, la luz es la protagonista principal de esta arquitectura que la refleja y la gradúa, la concentra, la dispersa o la colorea, la oculta y la exalta.

Al mismo tiempo esta arquitectura está atravesada por una sintonía entre lo inferior, lo telúrico, por un lado, y los valores de lo luminoso, por otro; entre las misteriosas potencias de la tierra, de las rocas volcánicas y las texturas primitivas del esparto, el ladrillo, las maderas nobles y rústicas o la cerámica y, por otro lado, la construcción cristalina de espacios geométricos puros, luminosos e inmateriales. O bien nos envuelve con un diálogo intenso y armónico entre los espacios interiores cerrados, concentrados sobre sus proporciones numéricas y sobre su vacío místico, y una naturaleza sensual y esplendorosa que la luz y el color arquitectónicos exalta como real presencia del paraíso.

Podría llamarse al espacio de Barragán meditativo en virtud de su rigor interior, de su rigurosa construcción geométrica. Son metafísicamente estrictos sus líneas y volúmenes puros. Son estrictos sus infinitos silencios. Las características de la pureza, de lo cristalino,

del vacío y de la claridad de las proporciones aproximan la experiencia de este espacio a la meditación mística. Incluso su color, que al mismo tiempo reúne las connotaciones del ritmo vivaz, de la sensualidad de sus texturas, de la dinamización del espacio, parece estar organizado según aquel mismo rigor cosmológico que el simbolismo del color había alcanzado precisamente en la alta cultura de los mayas.

Todo ello nos transporta de nuestro interior a un exterior nuestro, de los espacios cerrados de patios y habitaciones, a la participación mimética del cielo abierto, la luz, la tierra y el agua. También nos pone en contacto con nuestra historia: el último significado de toda auténtica obra de arte.

120 En estos ascéticos espacios de Barragán, en sus planos nítidamente tallados, sentimos inmediatamente la presencia del atrio y del claustro cristianos. Pero el color, la sensualidad de las texturas, el agua y el cielo, la alegría de la naturaleza nos transportan al refinamiento sensual de los jardines árabes. La magnanimidad de las grandes superficies vacías y su proyección libre al infinito está íntimamente

vinculada a la arquitectura del México Antiguo. Los espacios puros, la elementariedad de la piedra y la madera como elementos constructivos, la claridad, el sosiego o el silencio son los protagonistas arquitectónicos de santuarios como los de Mitla o Monte Albán. También allí se diría que el espacio nos coloca en una situación privilegiada u originaria frente al universo: nos confronta con su orden cosmológico y con su creación.

Todos hemos sentido en alguna ocasión la fuerza dinámica y la intensidad mimética propia de algunos espacios sagrados. El placer que emana de esta sensación originaria en la arquitectura de Barragán tiene que ver con su valor meditativo, su capacidad reflexiva de transportarnos del interior al exterior, de lo telúrico al vacío y los valores de la luz, y de entablar un intenso diálogo entre una geometría ascética y una naturaleza paradisíaca. Pero también tiene que ver con el diálogo que esta arquitectura concierta entre culturas desiguales: los valores del mundo espiritual hispánico, y las religiones y cosmologías originarias de Mesoamérica, la luminosa sensualidad de la cultura árabe o las peripecias del mundo moderno. □